

Reseña: “Una nueva educación para una nueva sociedad”

Por: Natalia Rico Bernal¹

Está claro que el autor Colombiano William Ospina guarda un profundo amor y respeto por todo lo que enmarca el concepto de educación y formación de las personas y, en general, de las sociedades, hecho que se evidencia en su texto/reflexión: “Una nueva educación para una nueva sociedad” (bajo el marco del Congreso Iberoamericano de Educación, en la ciudad de Buenos Aires, realizado los días 13, 14 y 15 de septiembre de 2010), en el que nos invita a cada uno de los lectores a preguntarnos si realmente el modelo educativo actual de nuestra sociedad y del mundo en general es necesariamente aquel que nos forma como personas felices, en armonía y en constante crecimiento; o si, por el contrario, es un modelo erróneo que nos está llevando a un estado de desinformación, en donde predomina el individualismo y el “yo” por encima de todo y de todos, lo que le “conviene” directamente a los grandes ejes del poder, pues como bien se sabe: una sociedad desinformada e individualista es una sociedad más fácil de controlar y someter, bien sea a los principios del consumismo que hoy por hoy rigen a la humanidad o a los intereses políticos de quienes nos lideran.

¹ Estudiante de Fonoaudiología, Facultad de Salud, Universidad Santiago de Cali.

Este ensayista colombiano inicia su reflexión señalando de alguna manera la sorpresa que le produce el hecho de saber que las generaciones jóvenes han quedado atrapadas en un juego de manipulación constante de los medios, de desconocimiento, en donde la información ha pasado a un segundo plano y en donde nos hemos visto sumergidos en una ignorancia que en otras épocas era casi que inconcebible, pues se manejaba otra escala de valores diferentes a los que hoy en día nos imponen los medios de comunicación y la dinámica del consumismo. Es ahí donde Ospina deja ver la ironía del asunto y de cierta manera la contradicción, pues en antaño no se tenían todas las facilidades para la difusión de los eventos noticiosos, como sí ocurre en la actualidad, tal vez por eso se acentúa y toma fuerza la idea de que la base del conocimiento no solo está en poder tener al alcance toda la información, sino en que las personas (tanto las que acceden, como las que generan la información) tengan una base moral y un sistema de valores y criterios bien establecidos, para no seguir cayendo en el error de transformar la información valiosa en novelas y sensacionalismos mediáticos que alimentan nuestra naturaleza morbosa y que, en definitiva, es lo que vende y lo que genera “ganancias” económicas.

Entonces, plantea el autor, que si bien la educación de las personas debe ser un complemento de escuelas, familias y entorno social, está siendo considerada desde el punto de vista económico y exclusivamente como un negocio comercial. Personalmente creo que si bien el autor no lo dice explícitamente, sí deja entrever de alguna manera que hoy en día las altas esferas del poder como los medios de comunicación, el poder político y el poder económico

tienen como único objetivo el “criarnos” como borregos que van al establo y que simplemente sirven para consumir y generarles cada vez más dividendos.

El texto plantea como una de las tantas conclusiones, que no es para nada sano que razones motivadas por el lucro sean las que estén formando los individuos que constituyen las sociedades actuales en las que nos desenvolvemos, pues no les interesa que seamos unas personas que estén en completa armonía con su entorno y que tengan la capacidad de asociarse y de pensar como alguien que hace parte de un conjunto, de un todo; es por eso que Ospina reprocha y no comparte la manera en la que nos llevan y encarrilan desde muy pequeños en el modelo educativo como entes individuales, que deben almacenar la mayor cantidad de información (a lo que tal vez equivocadamente nos referimos como: conocimiento) para su beneficio propio y que, en mi opinión, nos vuelve a todos seres egoístas, en función del beneficio económico y de la salvación individual, dejando de un lado el concepto de “trabajo en equipo” que es en cierta medida algo de lo que la mayoría de los colombianos y en general las personas del mundo entero carecemos.

Otro aspecto importante que me llamó mucho la atención del texto es el planteamiento de cómo los modelos educativos actuales se justifican y se cimentan principalmente en la obtención de un resultado o en el logro de un objetivo (en muchos casos, la obtención de un título, diploma o cartón) sin darle la importancia que se merecen las vivencias que se experimentan en un proceso de formación, que son de por sí, y en mi concepto, mucho más

valiosas y las que realmente hacen crecer como persona, estudiante y/o profesional. Se deja de lado la pasión que cada uno debería sentir por lo que hace, el gusto y la felicidad que su rol laboral debería generar en el individuo, y la enriquecedora experiencia de aprender equivocándose, pues cada error siempre da pie para mejorar en todos los aspectos de la vida, y por supuesto en el ámbito educativo también.

Finalmente, el autor se pregunta si en algún momento la sociedad (entiéndase sociedad como todos los actores sociales, desde los grandes medios de comunicación y de poder, hasta el ser individual) lograremos darnos cuenta del camino equivocado por el que vamos. Ese camino que nos hace ver este mundo como una despensa de recursos naturales para nuestro beneficio que día a día vamos agotando sin ningún reparo, ni peso en la conciencia (en palabras de William Ospina) y no como lo que realmente es, un lugar de paso, que debemos preservar y cuidar para futuras generaciones. De todas maneras, el autor guarda la esperanza (y me incluyo también) de que si ese cambio que necesitamos (de actitud en nuestros procesos de formación y de interacción con los demás y con el planeta mismo) no se da por un despertar de la conciencia voluntario, por lo menos se dará por el miedo a perder todo lo que tenemos y por la amenaza latente de darnos cuenta que estamos acabando con nuestra vida, nuestro mundo y nuestro conocimiento.